



Desmontando el relato neoliberal desde una perspectiva feminista

Olga Abasolo

FUHEM Ecosocial

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, sólo es aceptable la comparación en grado superlativo.»

Charles Dickens, Historia de dos ciudades, Libro I, capítulo 1

Como ha dicho David Harvey, en efecto: el mayor logro del neoliberalismo ha sido la redistribución; el dinero ha fluido desde las bases sociales, desde los pobres, a las élites económicas. El impacto que tiene hoy 'la Gran Involución' –la contrarreforma social puesta en marcha desde las élites económicas a escala global, desde que se desatara la presente crisis– está suponiendo, como sabemos, una reestructuración también global y del orden político y económico que recorre nuestra sociedad; afecta a las condiciones materiales y a los derechos de las personas. Probablemente, aún no acertemos a ver en toda su magnitud el alcance del *proceso hegemónico* del neoliberalismo, que se iniciara en los años setenta del siglo XX en Occidente. Su desarrollo e impacto tiene una raíz indudablemente económica, pero no es la dimensión económica su única manifestación. Dicho proceso ha ido acompañado de un 'sentido común' propio de nuestro tiempo, que ha recorrido nuestras sociedades e impregnado nuestra concepción del mundo, ha marginado y sustituido otras interpretaciones y ha legitimado, en cierto sentido, dicha reestructuración.

Nos vamos a centrar en este texto en cuáles han sido las ideas fundamentales del modelo neoliberal, la influencia que han tenido en ciertas posturas dominantes en el feminismo y cuáles han sido las críticas planteadas desde el feminismo crítico. Por otra parte, también abordaremos brevemente cómo ese sentido común ha influido en nuestra propia

subjetividad¹ como mujeres y, por supuesto, desde un punto de vista material, en nuestras vidas.²

Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de neoliberalismo? Tomaremos como referencia una definición de David Harvey:

«[el neoliberalismo es] una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano, consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, fuertes mercados libres y libertad de comercio [...] Desde la década de 1970, por todas partes hemos asistido a un drástico giro hacia el neoliberalismo tanto en las prácticas como en el pensamiento político-económico. La desregulación, la privatización y el abandono por el Estado de muchas áreas de provisión social han sido generalizadas [...] El proceso de neoliberalización ha supuesto la destrucción de los marcos y de los poderes institucionales anteriores, de las divisiones del trabajo, de las relaciones sociales, de las áreas de protección social, de las combinaciones tecnológicas, de las formas de vida y de pensamiento, de las actividades de reproducción, de los vínculos con la tierra y de los hábitos del corazón».³

Nuevas expresiones de viejas dinámicas cíclicas. La acumulación por desposesión de la reproducción

En un sentido histórico, las ideas que sustentan el modelo neoliberal vienen de tiempo atrás: la idea de libertad individual, de propiedad individual liberada de la opresión y tiranía del Estado. Siguiendo a Stuart Hall,⁴ podemos decir que se enraízan en los principios 'clásicos' de la economía y de la teoría política liberal. Para Hall, los fundamentos económicos descansarían en los derechos de los *hombres* libres a disponer de su propiedad a su antojo para la extracción de beneficio y acumulación de riqueza, de acuerdo a sus propios intereses, como expresara Adam Smith. O en términos de Marx, «un verdadero Edén de los derechos humanos innatos. Lo que allí imperaba era la libertad, la igualdad,

¹ Desde el punto de vista sociológico, la subjetividad alude al campo de acción y representación de los sujetos, condicionados siempre a circunstancias históricas, políticas, económicas y culturales.

² En este texto, se recurre a un enfoque materialista. Desde dicho enfoque, el ámbito de lo social se presenta como un terreno contradictorio y conflictivo en el que los sistemas de dominación capitalismo y patriarcado tienen una base material (como la tienen el imperialismo, el colonialismo o el racismo) y generan un modelo de organización social atravesado por la desigualdad estructural, es decir, que la desigualdad atraviesa todas las esferas y dimensiones de nuestra organización social. Por ello este enfoque también contempla los aspectos relativos al discurso, la representación cultural y la subjetividad propias de nuestro tiempo, en tanto en cuanto implica situarlos en un contexto social e histórico concreto. En nuestras interacciones cotidianas somos lo que somos en nuestra relación con los otros y las otras. Pero también somos lo que somos en parte como consecuencia de dónde nos situamos en las divisiones de género, clase, 'raza' y del medio social y cultural en el que habitamos.

³ D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007, p. 8.

⁴ S. Hall, «The neo-liberal revolution», *Cultural Studies*, 25: 6, Routledge, pp. 708 y ss.

la propiedad y Bentham» (el individualismo posesivo y el interés propio. Con la industrialización, llegaría también el disciplinamiento del trabajo asalariado y el triunfo de la fábrica, el libre comercio, la urbanización y los suburbios industriales. La 'Era del capital' como definió Eric Hobsbawm al triunfo de la clase burguesa, sus ideas, formas de organización, pensamiento y valor.⁵

El proyecto neoliberal puede interpretarse como la reafirmación del imperativo histórico del capital a la obtención de beneficio que hoy se manifiesta en la financiarización, la globalización y una mayor mercantilización de nuestra vida social. En otro tiempo, cuando el capitalismo industrial y urbano iba cobrando forma a finales del siglo XVIII y principios del XIX, ese imperativo se evidenciaba en el cercamiento de los comunes; hoy, en la expulsión de sus tierras de millones de personas en el Sur global. Los enormes flujos de personas hacia las megaciudades de hoy, recuerdan a las migraciones derivadas de los procesos de industrialización pasados. Asistimos a la creación de una mano de obra global barata, como en tiempos del Capitán Swing cuando crecía el ejército de reserva laboral y la precarización generalizada.⁶

En ese mismo contexto histórico, capitalismo y patriarcado (las estructuras, relaciones y prácticas de género) se articulaban y adoptaban formas específicas. Como explica Silvia Federici, el avance de ese proceso tuvo (y tiene) lugar sobre las espaldas de las mujeres. Aquel contexto de proletarización de la fuerza de trabajo tuvo unas consecuencias específicas para nosotras. Consecuencias cuyo rastro también podemos seguir hasta la actualidad y que hoy, con la crisis adquieren también una expresión concreta.

«Para los trabajadores varones las proletarias se convirtieron en lo que sustituyó a las tierras que perdieron con los cercamientos, su medio de reproducción más básico y un bien comunal del que cualquiera podía apropiarse y usar según su voluntad. [...] Pero en la nueva organización del trabajo *todas las mujeres (excepto las que habían sido privatizadas por los hombres burgueses) se convirtieron en bien común*, pues una vez que las actividades de las mujeres fueron definidas como no-trabajo, el trabajo femenino se convirtió en un recurso natural, disponible para todos, no menos que el aire que respiramos o el agua que bebemos.»⁷

Un proceso que la autora tilda de «derrota histórica»:

⁵ En *La era del capital*, Crítica, Barcelona, 2007, Hobsbawm se adentra en los años del ascenso del capitalismo industrial y de la cultura burguesa. Una época en la que emergen nuevos valores y nuevas perspectivas y se inicia un tiempo de transformaciones sociales, que ve la formación de grandes fortunas y migración de masas empobrecidas, mientras una Europa sometida al nuevo ritmo de los auges y las crisis extiende sus empresas económicas y su cultura al resto del planeta. El autor alude a los acontecimientos políticos, la evolución económica y los hechos culturales para explicar las dinámicas y procesos históricos.

⁶ S. Hall, D. Massey, M. Rustin, «After neoliberalism: analyzing the present. The Kilburn Manifesto», *Soundings*, 2013.

⁷ S. Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004, p. 148.

«Con su expulsión del artesanado y la devaluación del trabajo reproductivo la pobreza fue feminizada. Para hacer cumplir la «apropiación primitiva» masculina del trabajo femenino, se construyó así un nuevo orden patriarcal, reduciendo a las mujeres a una doble dependencia: de sus empleadores y de los hombres. El hecho de que las relaciones de poder desiguales entre mujeres y hombres existieran antes del advenimiento del capitalismo, como ocurría también con una división sexual del trabajo discriminatoria, no le resta incidencia a esta apreciación. Pues en la Europa precapitalista la subordinación de las mujeres a los hombres había estado atenuada por el hecho de que tenían acceso a las tierras comunes y otros bienes comunales, mientras que en el nuevo régimen capitalista *las mujeres mismas se convirtieron en bienes comunes*, ya que su trabajo fue definido como un recurso natural, que quedaba fuera de la esfera de las relaciones de mercado.»⁸

Las mujeres entonces sufrieron la total devaluación como trabajadoras y perdieron su autonomía con respecto a los hombres. Perdieron terreno en todos los ámbitos y fueron sometidas a un fuerte proceso de degradación social.

La huella de estas dinámicas, decíamos, es perfectamente rastreable hasta la actualidad, como bien explica Sandra Ezquerro. La centralidad del género en las dinámicas de acumulación por desposesión de hoy se evidencian en el hecho de que «una de las estrategias impulsadas por el capital, e implementada por el poder político, es la mercantilización o privatización de las responsabilidades del Estado por lo público así como el retorno de algunas de sus responsabilidades reproductivas hacia las mujeres o su rehogarización».⁹ Un proceso de acumulación originaria o por desposesión que re-emerge cíclicamente en las crisis del capitalismo. «Llamo a este proceso un nuevo cercamiento de los comunes reproductivos o acumulación por desposesión de la reproducción, donde una de las principales estrategias del capital para recuperarse de sus propias crisis es deshacerse de parte de su responsabilidad hacia el bienestar colectivo y descargarla sobre las espaldas de las familias y los hogares».¹⁰

Sobre el espíritu de nuestro tiempo

Además de un conjunto de medidas económicas y políticas, el modelo neoliberal también puede interpretarse como un conjunto de ideas o de racionalidad política dominante que viaja desde las instancias políticas hasta los mecanismos internos de la subjetividad, interpelando y construyendo la identidad individual, abonando el terreno para la emergencia de nuevas subjetividades sociales e identidades colectivas. En ese sentido, el neoliberalismo es también tanto un discurso político como una serie de prácticas sociales de unos individuos que se perciben como sujetos individualizados, responsables de su propio bienestar. De acuerdo a

⁸ *Ibidem.*

⁹ S. Ezquerro, «Acumulación por desposesión, género y crisis en el Estado español», *REC*, 14, 2012.

¹⁰ S. Ezquerro, «La crisis o nuevos mecanismos de acumulación por desposesión de la reproducción», *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, 124, Fuhem Ecosocial, 2014.

este modelo queda borrada toda noción de justicia social y de acción colectiva y minado el concepto mismo de ciudadanía.

Algunas de las ideas que integran esa racionalidad política serían la *naturalización del discurso y la teoría económica neoliberal* (sentido común económico) a la hora de explicar las dinámicas de nuestro tiempo, que ha dado lugar a políticas parciales y limitadas y a la apertura de los ámbitos públicos a la generación de beneficios privados. Asociado a ese sentido común económico, el conjunto de la sociedad es visto bajo el prisma de la *lógica del mercado*, bajo una suerte de *ethos* del libre mercado que conlleva la erosión de otros valores morales e incluso del propio marco legal. Por otra parte, hemos visto cómo se *mercantilizaban progresivamente cada vez más aspectos de nuestra vida social*. Los grupos sociales, la ciudadanía, convertidos en *consumidores* de productos que les dotarán de ventajas económicas individuales y no como seres sociales que satisfacen una necesidad humana. Asociado a ese ideal del individualismo surgen las *'identidades emprendedoras'* y formas *'blandas'* de poder: cultura del consumo, fantasía del éxito, ciberfetichismo, permanente remodelación del yo, mercantilización de la identidad y utopías de la autosuficiencia, en realidad poderosas, tan capaces de transformar las actitudes sociales como las duras (legislativas o prohibicionistas).

Estas ideas se han inscrito en nuestras prácticas sociales e instituciones, se han sedimentado en el *habitus*¹¹ de nuestras vidas cotidianas, en nuestro sentido común y en nuestra conciencia colectiva.

El sentido común además ha de ser producido y circulado: los *poderes corporativos capturan la política* (control de los procesos políticos y de las instituciones del Estado). Los medios de comunicación están en manos de grandes corporaciones. Con ello se ha favorecido la *divulgación del dogma neoliberal*: la crisis la han provocado las bridas al mercado, y no sus excesos. El mercado se ha convertido en el modelo de las relaciones sociales, el valor de cambio en el único valor. Los Gobiernos occidentales se han negado a abordar las cuestiones desde otros parámetros que no sean los del mercado. Han demostrado debilidad y falta de firmeza a la hora de enfrentar la crisis ecológica, el cambio climático y la amenaza a una vida sostenible en el planeta.

¹¹ «Por *habitus* Bourdieu entiende el conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. Estos esquemas generativos están socialmente estructurados: han sido conformados a lo largo de la historia de cada sujeto y suponen la interiorización de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero al mismo tiempo son estructurantes: son las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente», *Diccionario crítico de ciencias sociales*, UCM, [<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/H/habitus.htm>].

Ambivalencias y contradicciones para el feminismo hoy, que vienen de atrás

Inmerso en este océano político, económico y cultural o ideológico el feminismo ha lidiado con las dinámicas generadas a lo largo de las últimas décadas desde una especificidad conflictiva que no se puede, o no se debería obviar. En palabras de Nancy Fraser: «En un cruel giro del destino, me temo que el movimiento para la liberación de las mujeres se haya terminado enredando en una 'amistad peligrosa' con los esfuerzos neoliberales para construir una sociedad de libre mercado».¹²

El feminismo ha logrado en los últimos lustros, indudablemente, algunas conquistas y el discurso de la igualdad ha sido incorporado de manera creciente (otra cosa son las prácticas sociales). La subjetividad femenina ha incorporado mayoritariamente la conciencia sobre las desigualdades entre hombres y mujeres, pero a la vez, inmersa en el sentido común neoliberal, por un lado, niega la existencia de fuerzas sociales, culturales y económicas que sustentan la desigualdad y, por otro, imbuida de individualismo, acepta la plena responsabilidad de su propio bienestar y cuidado, cada vez más supeditada a los malabarismos propios de la difícil armonía entre las dimensiones familiar-laboral, enfrentadas desde un cálculo más próximo al coste-beneficio. Con ello la desigualdad de género pasa a ser interpretada como un asunto del ámbito privado, y no como un problema estructural.¹³ Se obvian las soluciones colectivas a las injusticias sociales.

En los años setenta, si en algo destacó el feminismo crítico fue en su cuestionamiento de los fundamentos de la modernidad capitalista: el consumo, la 'ética del éxito'; la burocracia, la cultura corporativa, el control social, la represión sexual, el sexismo y la heteronormatividad. El feminismo de entonces (de *segunda ola*, años setenta del siglo XX) redefinió el imaginario radical y transgredió una cultura política que había privilegiado a unos actores cuyo papel se desempeñaba dentro de los límites del Estado-nación y una cierta domesticación política.¹⁴ Visibilizó y se enfrentó a las exclusiones de género del modelo socialdemócrata. Problematicó el paternalismo propio del modelo del Estado de Bienestar, el modelo burgués de familia, sacó a la luz el profundo androcentrismo que cimentaba, y cimenta, la sociedad capitalista, politizó 'lo personal' y amplió los límites de la reivindicación y la contestación más allá de la distribución socioeconómica para abarcar los hogares, la sexualidad y la reproducción. El feminismo politizó los cuerpos.

¹² N. Fraser, «De como cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo. Y la manera de rectificarlo», *Sinpermiso*, [<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6362>].

¹³ Catherine Rottenberg, «The Rise of Neoliberal Feminism», *Cultural Studies*, 2013. DOI: 10.1080/09502386.2013.857361

¹⁴ N. Fraser, *Fortunes of Feminism. From State Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Verso, Londres, 2013, p. 3.

El pacto social redistributivo de posguerra no había resuelto en términos de género importantes aspectos que no eran disputados por la mayoría: ni los dogmas básicos del capitalismo de libre mercado ni los del patriarcado fueron abiertamente ni fundamentalmente cuestionados. Para el feminismo, la crítica centrada sobre todo en las desigualdades de clase dejaba de lado las desigualdades no económicas (y sus diversas manifestaciones, como la violencia de género o la opresión reproductiva); las diferencias de género en el ámbito público (Estado/mercado) y en el privado (familiar); y se centraba en los derechos asociados al trabajo asalariado (ciudadanía social).

Sin embargo, volviendo a Nancy Fraser, tampoco *una parte* del feminismo logró zafarse del contexto de fin de siglo ni del auge del neoliberalismo que marginalizó el proyecto de justicia social. La autora ha puesto de manifiesto la complicidad entre ciertas posturas dominantes en el feminismo con el capitalismo neoliberal. Así en su artículo «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia»,¹⁵ afirma que el feminismo de segunda ola acabó privilegiando las demandas relativas a cuestiones identitarias (reconocimiento) sobre las demandas de justicia económica (redistribución), y ello conllevó la convergencia entre el feminismo contemporáneo y el capitalismo neoliberal. Es decir, que la renuncia al análisis económico, sobre todo por parte del feminismo postestructuralista, desde el enfoque de Nancy Fraser, contribuyó a fortalecer el espíritu del neoliberalismo y marginalizó la crítica materialista.

No menos importante para entender el *espíritu* de estos años fue el 'giro cultural', que se afianzó sobre todo en la década de los noventa y que arrasó en los ámbitos académicos, políticos, mediáticos, feministas y activistas. Sin menospreciar algunas de sus aportaciones, sin embargo, si vamos a incidir en el impacto de esta tendencia en la marginación de las perspectivas que analizaban las estructuras, las relaciones y las prácticas sociales. Dinámica sobre la que ya han reflexionado exhaustivamente feministas como Michèle Barrett:¹⁶ el feminismo pasó de hacer hincapié en 'las cosas' (el trabajo de las mujeres o la violencia machista) a 'las palabras' o cuestiones relativas al discurso, la representación y la subjetividad.

En pleno auge del pensamiento postmoderno, las demandas políticas radicales no prosperaron mayoritariamente. Así, con el neoliberalismo vino la marginación de una crítica amplia de las diferencias de clase y de 'raza', de la economía política y del Estado que quedaron eclipsadas por la promesa del empoderamiento individual y de la independencia económica, como veremos. O, como apuntara Nancy Fraser, la denuncia del sexismo y de la discriminación se escindió de una crítica estructural del capitalismo en el momento preciso.

¹⁵ En *New Left Review*, 56, pp. 87-104.

¹⁶ En N. Richard, «La crítica feminista como modelo de crítica cultural» disponible en: <http://www.debatefeminista.com/PDF/Articulos/laprot1223.pdf>.

Debajo de mucho de lo cultural subyace una base material que alimenta intereses concretos y relaciones de poder, políticas y económicas.

En paralelo a este proceso, el feminismo crítico ha realizado una crítica exhaustiva y radical de la deriva neoliberal y planteado alternativas a la deriva neoliberal desde múltiples enfoques: el impacto de los recortes y las políticas de ajuste sobre las condiciones de vida de las mujeres; o haciendo hincapié en las *diferencias entre* las mujeres: las mujeres con acceso a los niveles superiores de educación han alcanzado mayores niveles de paridad con los hombres en determinados sectores, mientras que las que no han tenido ese acceso están abocadas a obtener trabajos a tiempo parcial o temporales con escasos ingresos, reivindicando así un enfoque más sensible a la clase social. Desde otras posiciones más cercanas al postestructuralismo se encuentran límites en las interpretaciones de los regímenes de género y clase circunscritos a dos concepciones opuestas, la neoliberal y la socialdemócrata, por ser abstracciones excesivamente simplistas que dejan de lado importantes aspectos como la subjetividad. O las importantes aportaciones de la teoría queer que plantea la diferencia como categoría de análisis frente a los sujetos hegemónicos (varón, raza blanca, heterosexual, clase media) y da voz a las identidades invisibilizadas por el androcentrismo, la homofobia, el racismo y el clasismo. Y la crítica ecofeminista, que pone el acento sobre el impacto de nuestro modelo económico, social y cultural sobre el medio natural y social, y ponen en valor nuestra ecoddependencia e interdependencia y el trabajo de cuidados, denunciando que este recaiga mayoritariamente sobre las mujeres, debido a los roles asociados a la división sexual del trabajo.

Algunos mitos del neoliberalismo, desde una mirada feminista

El ideal de un sujeto guiado por el interés propio y el cálculo económico racional: este mito enraizado en el paradigma liberal, da por supuesto el género masculino del sujeto económico. Sin embargo, la culminación de ese mito del cálculo del interés propio en detrimento de otros valores choca con el sujeto femenino, que de por sí era estructuralmente inviable dentro de los límites de ese mismo paradigma político. El modelo de familia nuclear liberal y la naturalización de la familia impiden en sí mismos que las mujeres puedan construirse como individuos egoístas en la misma medida que los varones, debido a que el orden social liberal está sumamente generizado desde una doble perspectiva: la división sexual del trabajo y la división de las construcciones de la identidad de hombres y mujeres (las mujeres como cuidadoras abnegadas como sustento de las subjetividades autónomas de su prole y sus maridos).¹⁷ Por otra parte, las mujeres que se instalaban fuera de ese modelo familiar liberal – que no son madres, no tienen pareja estable o son lesbianas– se han visto como modelos de fracaso personal o fracaso de adaptación al modelo de feminidad y en cierto sentido como

¹⁷ J. Oksala, «Feminism and Neoliberal Governmentality», *Foucault Studies*, 16, septiembre 2013, pp. 32-53.

modelos desnaturalizados. Algo que lejos de resolverse en el modelo neoliberal, como veremos más adelante, ha ganado en complejidad.

‘El fetichismo de la libre elección’: a este concepto subyace una base material que alimenta intereses concretos y relaciones de poder, políticas y económicas. El ideal de agencia, de libre elección (que incluso llega a aparentar estar ‘libre’ de las restricciones patriarcales) se basa en un ideal de autosuficiencia del individuo, mientras se socavan las luchas colectivas e instituciones que permiten esa autosuficiencia. Por otra parte, hay que distinguir bien los límites entre el individualismo y la reivindicación histórica de autonomía por parte de las mujeres (económica, libertad de movimiento y de acción, libertad sexual, derecho al propio cuerpo). La autonomía es una demanda legítima que apela a un derecho individual, pero que puede y debe inscribirse en un reclamo colectivo alternativo. Una supervaloración de la autonomía individual sin la dimensión colectiva tenderá a *borrar y devaluar* la interdependencia social y el cuidado, por ejemplo.¹⁸

Además, en un contexto como el actual que imposibilita la culminación de las expectativas derivadas de esa supuesta ‘libre elección’, crece el sentimiento de incertidumbre y la ansiedad ante una creciente precarización de nuestras vidas.

Ideal hegemónico de flexibilidad, innovación y creatividad o de emprendedoras individualizadas en todas las dimensiones de nuestras vidas. Como afirma Nancy Fraser «El neoliberalismo nos viste a la mona de seda a través de una narrativa sobre el *empoderamiento* de las mujeres. Al invocar la crítica feminista del salario familiar para justificar la explotación, utiliza el sueño de la emancipación de las mujeres para engrasar el motor de la acumulación capitalista». ¹⁹ El ideal de trabajadora flexible adaptada al mercado de trabajo, basado en el individualismo, se ha solapado con la crítica feminista del salario familiar propio de un modelo de Estado del Bienestar paternalista. Lo cierto es que hemos asistido a lo largo de estas décadas a lo que se denomina *la doble presencia*: las mujeres compatibilizan como pueden sus acceso al trabajo asalariado y su desarrollo personal en el ámbito profesional con las responsabilidades en el núcleo familiar, que permanecen intactas.

El impacto del modelo neoliberal se encarna en el mercado de trabajo en forma de temporalidad y bajos salarios, y se ha cebado con las mujeres.²⁰ Los cambios estructurales de la naturaleza del trabajo plantean un reto al dominante feminismo liberal-institucional (aunque no solo), que ve en la independencia de las mujeres la clave para su empoderamiento.

¹⁸ Nos estamos refiriendo aquí al ideal de autonomía neoliberal, obviamente no a experiencias basadas en la autonomía pero enraizadas en lo colectivo y en prácticas políticas emancipadoras.

¹⁹ N. Fraser, *op. cit.*, *Sinpermiso*.

²⁰ Lucía Vicent reflexiona ampliamente sobre este aspecto en su artículo «¿Degradación del empleo o una inserción degradada?. Crítica a las teorías tradicionales sobre las desigualdades en el mercado de trabajo», en este mismo Boletín.

Narrativa del progreso y de la igualdad de género alcanzado: ha ocultado las diferencias entre las mujeres (los cambios socioeconómicos y el diferente impacto según los grupos sociales). La actual creciente precarización generalizada tiene como consecuencia que se produzcan aún mayores desigualdades dentro de los grupos de sexo que entre hombres y mujeres. Desde un punto de vista cuantitativo, se ha producido un aumento de las mujeres en el mercado laboral en términos globales (por un lado, en el sector servicios pero también derivado de un aumento de la demanda de trabajo de cuidados centro-periferia). Pero también se ha producido un cambio cualitativo: precariedad, flexibilidad, fragmentación, bajos salarios y estatus, históricamente asociados al trabajo femenino, son característicos y constitutivos del trabajo en el capitalismo global. Esto obviamente no equivale a decir que se haya superado la división sexual del trabajo.

Por otra parte, el discurso del feminismo liberal ha impregnado el tejido social y accedido al plano institucional. Ello ha supuesto un debilitamiento del mensaje político colectivo para transformar la vida familiar y económica. La igualdad legal implica una abstracción de los derechos del contexto estructural (y no contempla la transformación cultural y de valores necesaria), ni las diferencias de clase y de 'raza' entre las mujeres.

Por otra parte, la *ONGinización* ha sido otra característica de estas décadas. Ha supuesto la absorción por parte de las ONG, en particular en temas de cooperación al desarrollo y género, del discurso y la práctica política feminista, «una enorme ola que ha envuelto toda forma de organización de la sociedad civil».²¹

Mercantilización: Una característica central del neoliberalismo es la mercantilización de todas las esferas de la vida social. La racionalidad del mercado –el cálculo coste-beneficio– se extiende por el tejido social, las prácticas sociales y las instituciones. Ha implicado una mayor infravaloración del ámbito doméstico/no económico. La mercantilización del ámbito privado –trabajo doméstico y de cuidados, por ejemplo, ha supuesto que el interés propio de algunas mujeres pueda obtenerse a cambio de la subordinación y explotación de otras. No hay que olvidar que el neoliberalismo es un proyecto a escala global, se trata de una reestructuración global y del orden político y económico que afecta a los derechos humanos y a las desigualdades, como veíamos, entre las propias mujeres. El acceso de las mujeres al mercado de trabajo a escala global, fruto de la deslocalización productiva, ha supuesto que, como han señalado algunas feministas críticas, la contratación de mujeres de clase media en determinadas profesiones y sectores haya dependido de la contratación de dos tercios de las

²¹ D. Tsikata, «The NGOization of Women's Movements and Its Implications for Feminist Organizing», disponible en: <http://www.awid.org/Homepage/Forum/new-forum/Forum-08-s-Most-Popular-Breakout-Sessions2/The-NGOization-of-Women-s-Movements-and-its-Implications-for-Feminist-Organizing>.

mujeres del mundo en las cadenas de producción de las maquilas, en la cuenca del Pacífico, y los talleres clandestinos de EEUU. Por otra parte, los cambios en el mercado de trabajo afectan a los hogares y a la estructura familiar, pero se mantienen las desigualdades de género existentes.

Condicionantes para un proyecto de futuro

Todos los aspectos mencionados han tenido un impacto real en nuestros imaginarios colectivos. La vulnerabilidad, la incertidumbre que de ellos se derivan tienen una dimensión subjetiva y emocional indispensable también para entender el impacto del contexto. Si en la década de los noventa las trayectorias de muchas mujeres que accedían al mercado laboral estaban marcadas por la *doble presencia (career-care)*, mientras se reducían las tasas de fertilidad en los países del centro, con la crisis, las imposibilidades materiales han marcado las trayectorias vitales de las mujeres y construido un imaginario diferente con respecto tanto al empleo, como a la maternidad. Unas ven truncadas sus carreras profesionales, otras ni siquiera lo contemplan como un escenario posible. Un mayor número de mujeres buscan empleo (con salarios inferiores) y ven constreñido el tiempo para el cuidado de hijos, que progresivamente excluido del ámbito de lo público, se ve reprivatizado y arrojado al ámbito doméstico. Ello supone además una nueva devaluación del cuidado, a la par que una mercantilización del mismo. Cada vez es más difícil alcanzar la cohesión entre trabajo, hogar, cuidado y comunidad. Pero, una vez más, tendremos que considerar aquí la clase social como determinante e incorporar las enormes diferencias de las situaciones económicas de partida entre unas mujeres y otras.²²

Si son rasgos de nuestro tiempo la ruptura de contratos sociales, el cambio drástico de las expectativas de la población, la erosión de la confianza en los líderes y en las instituciones, la desesperanza por el futuro, tendremos como reto re-engarzar el feminismo en una crítica de la naturaleza del poder político y económico. Dos contextos estructurales determinan hoy nuestro proyecto de futuro: la globalización y la desregulación y creación de nuevos mercados. Asistimos a un impulso sin precedentes de la movilidad del capital. Ningún movimiento social, y menos aún el feminismo, puede pasar por alto el asalto despiadado que ejerce el capital financiero sobre la democracia y sobre la reproducción social. Y del mismo modo que toda alternativa que enfrente los bajos salarios y las jornadas extenuantes, deberá incluir la igualdad en el cuidado entre hombre y mujeres, también lo es que deberá incorporar el elemento central, como decíamos, las desigualdades entre las propias mujeres.

²² Excede los límites de este texto desarrollar este aspecto. Pero partiríamos aquí de una interpretación compleja de las clases sociales para entender las sociedades del capitalismo avanzado, en la línea de E. O. Wright. La clase como una de las divisiones centrales de nuestras sociedades, sin que ello quiera decir que esté organizada como eje de conflicto políticamente coherente. Tampoco como reflejo unívoco de estructuras socioeconómicas subyacentes, sino mediada por procesos culturales, ideológicos e institucionales.

Como apuntábamos, la clase no puede entenderse hoy como algo monolítico, ni como un conjunto de intereses homogéneo que de un modo consciente lucha por sus objetivos racionalmente. Sólo alcanzaremos una interpretación amplia de nuestra compleja realidad social si acertamos a desplegar el mapa de la desigualdad en toda su extensión hasta percibir todas las demás divisiones sociales sobre las que tendremos que incidir, como el feminismo ha puesto de manifiesto incansablemente.

El género, la 'raza', la etnia, la opción sexual siguen estructurando las relaciones sociales de formas muy diversas. Estas divisiones responden a categorías binarias propias (hombre/mujer; masculino/femenino; gay/hetero; religioso/laico; colonial/metropolitano).

Todas ellas se articulan con la clase pero tienen implicaciones distintas con respecto a la distribución de bienes sociales y simbólicos. Tienen sus propios sistemas de recompensa o escasez (remunerado/no remunerado; legítimo/ilegítimo; a salvo/condenado). 'Dominan' diferentes momentos del ciclo vital y atribuyen a las personas distintas capacidades subjetivas (paternal/maternal; emocional/cognitivo; deber/placer).

Son divisiones sociales que operan en distintos lugares (hogar/lugar de trabajo; privado/público) y tienen sus propios órdenes disciplinarios (poder patriarcal, propiedad, trabajo doméstico no remunerado, control de la sexualidad, salarios en función del género y la 'raza'). Despliegan formas distintas de opresión (persecución religiosa, discriminación social y sexual, racialización). Construyen su propia jerarquía vía discriminación, estereotipos, prejuicios, inferiorización, fetichización, etc.

Para hacer frente a la 'Gran Involución', el pensamiento y la práctica feministas habrán de retomar la crítica del capitalismo, asumir como proyecto la transformación de las instituciones políticas y económicas pero también 'politizar lo personal' desde los parámetros en los que hoy nos hallamos: el neoliberalismo atraviesa nuestra subjetividad y es en cierta medida a través de nosotras que logra funcionar y hegemonizarnos. También deberemos estar atentas al efecto regresivo de la apropiación del discurso por parte de los sectores más conservadores, que conlleva la exaltación de la familia y los valores tradicionales.

En términos gramscianos, hegemonía es la capacidad de una clase de vincular sistemáticamente los intereses de otras clases a la consecución de los suyos propios. Dicha capacidad depende de la dominación ejercida por la clase hegemónica, y que es tanto económica, como política, cultural y moral, como diría Gramsci. En las últimas décadas ha imperado una legitimación del neoliberalismo como mejor o único mundo posible, es decir: una serie sistemática de creencias normativamente integradas sobre qué es bueno, qué es malo, deseable o no deseable. Constituye, por lo tanto, una capacidad real de encaminar a la

sociedad en una determinada dirección, y que, eso sí, puede lograr que se suscriban mistificaciones tales como la creencia en que el orden social es inalterable.

Así, las ideas neoliberales parecen haberse asentado en los imaginarios de Occidente hasta constituir un 'sentido común' popular. Delimitan los parámetros de lo posible y aportan los planteamientos que se dan por supuesto en el debate público, mediático. El concepto de *sentido común* es útil a la hora de abordar una forma de pensamiento cotidiano que nos facilita pautas de sentido que nos sirven para interpretar el mundo; impregna la vida social y, por un complejo proceso, acaba configurando e influyendo en la opinión popular. No deriva del análisis o de la reflexión sino que se alimenta de la ilusión de emerger directamente de nuestra experiencia como reflejo de la realidad 'tal y como es' o como que 'responde' a las necesidades de las personas. El relato es compartido por todos (o casi todos). Siguiendo de nuevo a Gramsci, el sentido común lejos de ser algo rígido o lineal se transforma continuamente. Se sirve de ideas y tradiciones del pasado pero cambia permanentemente para dotar de sentido a los nuevos cambios, problemas y dilemas a los que nos enfrentamos. No es un relato homogéneo, sino que su naturaleza es contradictoria e incluso puede llegar a hilvanar distintos relatos en conflicto; constituye una especie de magma de concepciones del mundo heterogéneas con raigambre histórica, fragmentadas y acríticas.²³

Las ideas neoliberales han ido calando así en nuestro entramado social mientras se afianzaban los poderes del capital y se creaban nuevos circuitos del capital global bajo su control. Lo cierto es que el neoliberalismo ha situado a las mujeres y al pensamiento feminista en una situación política distinta a la del pasado reciente. No basta con visibilizar las tendencias ocultas, tampoco con defender las conquistas del pasado. El feminismo, las mujeres y los hombres debemos recuperar el análisis y la crítica de la verdadera naturaleza del poder político y económico y plantear una agenda política radical que se fundamente en la vida real de las personas.

Todo parece indicar que se cierra un ciclo y empieza a abrirse otro, frente al que tenemos más incógnitas que certezas. ¿Contribuirá la crisis multidimensional al resquebrajamiento de ese 'sentido común'? Seguramente sí, pero no sabemos si lo hará en un sentido progresivo o regresivo. Sin embargo, sí podemos mirar a nuestro pasado reciente, para intentar comprender nuestro presente un poco mejor.

²³ Por el contrario, el *buen sentido* sería el punto de llegada deseable fruto de una conciencia autónoma y crítica de las condiciones materiales y que nos abriría el camino a la *praxis* (categoría central en la filosofía de Marx que alude a la unidad de la teoría o la práctica y la actividad humana transformadora de la sociedad y la naturaleza que a la vez transforma al sujeto que la ejerce).